

LA MUJER,

PERIODICO

escrito por una sociedad de señoras y dedicado á su sexo.

Este periódico sale todos los domingos; se suscribe en Madrid en las librerías de Monier y de Cuesta, á 4 rs. al mes; y en provincias 6 rs. por dos meses franco de porte, remitiendo una libranza á favor de nuestro impresor, ó sellos de franqueo.

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestras apreciables suscriptoras de provincias de los puntos en que no tenemos correspondientes, se sirvan remitirnos el importe de la suscripción vencida, por medio de una libranza sobre Correos.

Sin duda habremos sido calificadas de escesivamente austeras, y quizá también de profesar ideas rancias, por muchas de las que hayan leído nuestro artículo de entrada del número anterior; ya allí manifestamos este temor, que no nos retrajo por cierto de publicar aquel artículo, en que al condenar la intinidad que las madres á la moda establecen en el trato con sus hijas, nos pronunciábamos en favor de la rigidez y reserva que observaban las madres en tiempos aun no muy remotos: no porque el extremo de estas lo juzgásemos enteramente bueno é inmejorable, sino por que no conducía á las desgracias que hoy lamentan tantas infelices víctimas del descuido ó ceguera de sus irreflexivas madres.

Al juzgar de este modo, al recomendar á las madres que volviesen sobre sí y hubiesen de establecer con sus hijas ese trato sin reserva ninguna, esas confiamos sin miramientos, era porque comprendíamos un medio juicioso sin la rigidez y re-

rastradas muchas jóvenes de esa manera educadas por sus mismas madres, y la contemplación de otras mujeres respetables que sin hacer de sus hijas sus confidentas, ni convertirse ellas mismas en las intermediarias de sus amoríos, saben ser apacibles en su trato, inculcándoles con dulzura rígidos principios de virtud; que saben ser tolerantes sin debilidad, haciéndose amar hasta cuando corrigen y reprenden; la contemplación pues de esas nobles mujeres, siempre juiciosas y prudentes, severas únicamente consigo-mismas, y exclusivamente dedicadas á ejercer tan sagrados deberes con la religiosidad que exigen, y enseñando con su ejemplo mas aun que con sus palabras, nos sugirieron las observaciones del artículo anterior, al que puede servir de complemento el presente; arrostrando por el temor que ya hemos manifestado de ser calificadas de escesivamente rígidas, pues á tal se espone quien condena las costumbres que van estendiéndose, por mas que sean condenables.

Pero contentas sufriremos esta nota si conseguimos advertir de su extravío á algunas madres ilusas; prevenir para que no caigan en él á las que aun no lo sean, é impedir las desgracias de algunas hijas infelices cuyas madres hayan sido hasta ahora arrastradas por el influjo de esa moderna y perjudicial costumbre, y á quien nuestras reflexiones aparten del mal camino.

À GRANADA.

Cual en bello y variado canastillo,
Formado de las flores mas preciadas
Con que Dios adornó el Eden primero,
Se eleva altiva una ciudad galana.

La sirve de dosel un claro cielo
Cuyo fulgor jamás la bruma empaña,
De rica alfombra delicioso valle
Que ofrece mil perfumes á su planta.

En hebras de cristal por la pradera
Bulliciosos arroyos se desatan,
Que espejan en sus ondas temblorosas
El claro firmamento y las montañas.

Y se deslizan entre blancas quijas,
O tímidos tropiezan en la grama,
O se esconden riendo entre las flores
Que sobre su cristal forman guirnaldas.

Entonando mil trinos armoniosos
Los bellos pajarillos se solazan,
Bañándose en su linfa transparente
O formando sus nidos en las ramas.

Y juntan sus acentos seductores
Con el murmullo de la fuente clara,
O los blandos suspiros de la brisa
Que agita en torno sus ligeras alas.

Do se mira un vil átomo de polvo
Brotó esplendente allí una flor galana;
Con suspiros de amor responde el suelo
Do imprime el hombre su atrevida planta.

En este Eden de célica belleza,
Se eleva altiva la inmortal Granada,
Cual rica en hermosura peregrina
Rica en recuerdos que su gloria ensalzan.

El viajero al mirar sus minaretes
De admiracion sublime se embriaga,
Y doblando ferviente la rodilla:

Gloria á Granada, en su entusiasmo esclama!

Cada piedra recuerda allí una historia,
Cada palacio una gloriosa hazaña,
Cada suspiro de la brisa pura
Un desdichado amor recuerda al alma.

Y en los murmullos de la clara fuente,
En los ayes del aura perfumada,
Cree escuchar los tímidos suspiros
Que suelta en su dolor bella sultana;

O los acordes sonos melodiosos
Con que sus tristes quejas acompaña
Altivo Abencerrage, que sumiso

Implora los favores de su dama.

La mente en su ilusion una tras otra
Va evocando las sombras veneradas
Del pueblo de Ismael: recuerda triste
Sus bellos juegos, sus alegres zambras.

Ay! todo se acabó: matrona ilustre
Llora al verla en poder de turba estraña,
Y á Granada, mis bravos campeones,
Llena de fé con entusiasmo esclama.

Y á Granada voló: su santo celo
Infunde aliento á la region cristiana;
Tiemblan los Sarracenos aterrados
Ante el ídolo hermoso de la España.

Y fascinados con su escelso nombre,
Ciegos con el fulgor de su mirada,
No aciertan á esgrimir el fuerte acero
Y abandonan el campo de batalla!

Ella solo venció: solo ella pudo
Abatir tantos héroes á su planta,
Que pensaron luchar solo con hombres
Y se rindieron ante hermosa maga.

Vedlos cubiertos de vergüenza y oprobio
Cuál corren en tropel á tierra estraña
Para ocultar su dehonor al mundo,
Llorar sin tregua su perdida patria!

Y al lanzarse á la mar ven cuál ondea
El pendon de Isabel sobre la Alhambra,
Y «adios Granada», entre sollozos gritan,
«Vergel hermoso de la hermosa España!

«¡Ya para siempre adios! nuestras cenizas
«No dormirán bajo la altiva palma,
«Que su sombra prestó de nuestros padres
«A las yertas cenizas veneradas!

«No es baldon para tí, Granada bella,
«El proclamarte de Isabel esclava:
«No luchan los mortales contra el cielo,
«Y hurí celeste te rindió á su planta!»

Murmuraban así los Musulmanes
Arrodillados en la triste playa,
Dando un postrer adios al paraíso
Do saludaron, al nacer, el alba!

Las madres á sus hijos sollozando
Les muestran la ciudad... gritan ven
Los ancianos... Se mes...

En que anuló tu voz la ley nefanda
Del Profeta falaz, y en su Mezquita
Del Salvador brilló la efígie santa!

Gloria, Isabel, á tí: por tu desnudo
Su joya hermosa recobró la España,
Y con orgullo al estrangero altivo
Arrojó para siempre de su patria.

¡Aquel tiempo pasó! también los héroes
A la muerte fatal tributo pagan...
Isabel espiró.... tu poderío
Perdiste tú á la par, bella Sultana!

Fué rayo de la guerra el quinto Cárlos
E ilustró los anales de la España,
Pero con torpe mano las bellezas
Destruyó para siempre de tu Alhambra.

Sus hijos te olvidaron, reina hermosa,
Y de tu altivo solio derrumbada,
Vegeas entre escombros sin consuelo
Llorando ¡ay triste! tu perdida fama.

Solo te queda ya de tu belleza
Esa natura fértil y lozana,
Y ese esplendente sol que triste alumbra
Los restos de tu gloria marchitada.

Cayeron uno á uno los diamantes
De tu escelsa corona soberana,
Y una á una las piedras se derrumban
De bellos monumentos que te ensalzan.

Por esto el peregrino al ver tu suelo,
Bendita seas, con fervor esclama,
Y se anublan sus ojos con el llanto
Al recorrer tus calles solitarias!

Y por esto en la noche silenciosa
Mil suspiros do quier llevan las auras;
Son los ayes dolientes que en sus tumbas
Tus paladines al mirarte exhalan!

Vuelve, Granada, en tí; recobra altiva
El cetro que tu inercia te arrebató,
Y alentando á tus hijos generosos
Te ostenta digna de tu antigua fama.

De otra invicta Isabel el dulce nombre
Portentosos milagros hoy alcanza,
Que es talisman hermoso que convierte
En altivo y gigante al que le aclama.

Ve y póstrate á sus piés: su pecho es grande,
Su aliento es inmortal, invicta su alma,
Ella escuche tu acento lastimero,
Y aliente con su voz tu empresa santa.

Ve y póstrate á sus piés: su fuerte mano
Del tiempo borraré la huella osada,
Y creciendo á su sombra en poderío

El mundo entero besará tu planta!
Enlazado tu nombre con su nombre
Pasen unidos á la edad lejana:
Isabel de Granada digna sea,
Y siempre digna de Isabel Granada!

Angela Grassi.

EL HASTIO (1).

El deseo escensivo de hallar el bienestar y la felicidad en este mundo ciega muchas veces hasta el punto de conducir á la desgracia, al hastío y aun á la desesperacion. Ocúrrenos esta reflexion siempre que vemos á algunas mujeres que consumen su existencia en una absoluta inaccion, porque consideran la holganza como el supremo bien de la vida, y solamente hallaron allí, donde imaginaron la dicha, el hastío, el aburrimiento, la infelicidad. La infelicidad, sí, porque todas las riquezas de este mundo, y todas las dotes morales imaginables, solo sirven para aumentar ese malestar, ese disgusto particular de quien se halla sumido en tan triste situacion.

Generalmente esta enfermedad moral es patrimonio esclusivo de las personas ricas, y si supieran los pobres la ventura de que gozan solo con hallarse libres de ella, seguramente no envidiarían las riquezas, el fausto y la opulencia, que suelen producir tamaño mal cuando no se sabe precaver, cosa que no es tan fácil como á primera vista parece, y menos por las personas de nuestro sexo, por lo cual nos hemos decidido á escribir sobre él para indicar los medios de evitarlo.

El hastío, hijo de la inaccion, de la holganza y de la saciedad, convierte todas estas condiciones en instrumentos de pena y de disgusto: la mujer rica que se halla bajo su influjo envidia al pobre su pobreza, al trabajador su trabajo, y hasta al desgraciado su desgracia y su desesperacion.

¿Y por qué no sale de tan lamentable estado, cuando tan fácil es al parecer? Porque el hastío es un vicio y la condicion mas fatal de todos los vicios es la dificultad que hay para abandonarlos, porque se inoculan, digámoslo así, en la existencia de una manera tal que generalmente solo abandonan al individuo cuando deja de existir.

(1) Tanto este artículo como los demás que en lo sucesivo vayan firmados con tres *estrellitas*, son debidos á la pluma de una de las apreciables literatas que en nuestro último Prospecto dijimos habernos ofrecido su importante colaboracion. Damos las gracias á nuestra amiga por el deseado cumplimiento de su promesa.

El hastío puede prevenirse fácilmente, pero para arrojarlo de sí la persona que se halla poseída de él necesita esfuerzos de que raras personas son capaces.

El trabajo, esa santa costumbre de trabajar, de dedicarse continuamente á alguna ocupacion, es el remedio único de tan terrible enfermedad. Así por hoy nos limitamos á recomendarlo ligeramente, sin perjuicio de ocuparnos otro dia del trabajo á que puede dedicarse nuestro sexo, pues lo consideramos digno de un artículo esclusivo, tanto por los males que puede evitar como por las ventajas y bienestar que produce. — ***

A MI AMIGA GRASSI.

Tú recuerdas á mi alma la armonía:
Venid ¡oh sueños que me dais aliento!
Venid á iluminar mi fantasía,
Venid á engrandecer mi pensamiento.

Tú cantas la preciada maravilla,
Santa reliquia de la edad pasada,
Orgullo de los tercios de Castilla,
Conquista de Isabel idolatrada.

¿Quién sino tú, matrona esclarecida,
Antorcha de la fé, claro lucero,
A la altiva Granada vió rendida
Al relumbrante brillo de su acero?

¿Quién estraña que vuele tu memoria
De siglo en siglo como el aura bella,
Que brilles sin rival en nuestra historia,
Como en el firmamento clara estrella?

Reina inmortal, del castellano suelo
Madre te llamas, madre casta y pura;
Tú derramaste por do quier consuelo,
Formaste de tu pueblo la ventura.

Su bélico clarín el pecho agita:
Angela, dí, ¿no es cierto? su memoria
Alienta el alma, que entusiasta grita:
«Nunca podrá morir, nunca, su gloria.»

Viste á Granada cuando el triste manto
De la noche cubrió su faz divina;
Angustiado tu pecho brotó en llanto
Al ver que ni una estrella la ilumina.

¿Donde está su poder y su grandeza?
¿Qué se hicieron sus bravos campeones?
Tu corazon se oprime de tristeza

Al ver, dices, ya rotos sus pendones.
¿Cuál te anima la guerra! Tú la ensalzás
Mientras que á mi su nombre me entristece;

Cual eco de la gloria ardiente te alzas,
Mas con su estruendo mi pesar se acrece.

Con triste llanto la marcial pelea
El suelo riega de la patria mia;
Que nunca ante mis ojos, nunca vea
Trocarse en desconsuelo su alegría.

Sí, desde Covadonga el gran Pelayo
Con guerra engrandeció la patria amada,
La guerra fué tambien terrible rayo
Que hundió la media luna allá en Granada.

Pero esa guerra que el cristiano hacia
Era guerra de fé, nunca ambiciosa
La corona del héroe se mecía
Con máximas sombrías y dudosas.

La paz, dulce palabra, seductora,
La paz alumbra la esperanza mia;
Ella es del mundo madre protectora,
Ella tan solo amparo y alegría.

Natalia B. de Ferrant.

ANGÉLICA.

II.

(CONTINUACION)

Era una verdadera imprudencia atravesar aquel pais cuajado de soldados realistas que hubieran podido reconocerle; pero su tierno hijo estaba en Choisy confiado al cuidado de la anciana Ursula, y querian recojerlo antes de pasar á un pais extranjero. A este efecto habian convenido que la anciana saldria con el niño de la villa, y se reuniria con ellos en la posada donde se habian hospedado.

Eduardo resuelto á llevar á cabo su sacrificio, y á entrar en aquella ciudad dó quizás le aguardaba la muerte, oyó sin estremecerse los gritos de los centinelas, y á favor de la oscuridad logró introducirse en Choisy sin ser visto. Todas las puertas estaban cerradas, los habitantes dormian y atravesó sin tropiezo sus largas y tortuosas callejuelas. Hallóse por fin á la puerta del suntuoso palacio que habia presenciado todas sus glorias y su horrible desgracia. ¡Cuántos tormentos apuró el infeliz durante el breve momento en que permaneció indeciso en su dintel! ¡Cómo habia sentido palpar su pecho de orgullo en aquella noche en que triunfante fué á rendir sus laureles á los piés de la hermosa Magdalena! ¡Quién le hubiera dicho entonces que se hallaria otra vez á sus puertas solo, proscrito, miserable, y

volvería á subir las gradas de aquella escalera para pedir una limosna! El orgullo hizo flaquear su resolución; pero echó una mirada á la casa poco lejana donde quizás en aquel instante dormía su tierno niño, que al día siguiente tendría que compartir su miseria, y este recuerdo le devolvió el valor. Subió apresuradamente las gradas de la magnífica escalera, embozóse bien en su capa para no ser reconocido de los criados, y se dirigió á una escalerilla secreta que guiaba al aposento de la encantadora de Choisy. Mil veces, amante favorecido, había entrado secretamente por aquella puerta, que ahora estaba también abierta para franquear la entrada al duque de Alenfort.

Eduardo abrió temblando el resorte, y se halló en el retrete donde había oído tantas veces del labio de Magdalena el juramento de amarle eternamente. Estaba adornado con esquisita elegancia. Magníficas colgaduras de damasco encarnado cubrían sus paredes: cortinages blancos con franjas de oro y plata ocultaban sus ventanas; muebles preciosos le adornaban y un pebetero de oro, en el que acababan de quemarse esquisitos perfumes, difundía en torno un delicioso aroma.

A favor de la luz opaca y suave que despedía una mariposa, se veía á la encantadora de Choisy reclinada muellemente sobre un magnífico sofá cubierto de damasco bordado con oro. La sencillez de su vestido blanco contrastaba con la magnificencia del aposento, y la hermosura delicada de su semblante la hacía comparable á una virgen de Rafael. Delante de ella se veía un arpa. Sus dedos discurrían con agilidad por las cuerdas, sacando sonidos tan dulces y armoniosos que acompañados con su voz encantadora formaban una melodía angélica. Magdalena estaba de espaldas á la puerta. Oyó el ruido que esta hacía al abrirse, y creyendo que era el duque tomó su postura mas seductora y entonó su canto mas melodioso. Luego cerrando los ojos con voluptuosa coquetería, tendió muellemente su mano al que creía su amante: Eduardo pálido y tembloroso no la estrechó entre las suyas, y se adelantó silenciosamente hacia ella.

Magdalena sorprendida por aquel inusitado desen abrió los ojos, y arrojó un grito de espanto al ver delante de sí á un desconocido.

—¿Quién sois? ¿qué quereis? exclamó levantándose asustada.

Eduardo se descubrió, pero estaba tan desfigurado que su antigua amante no pudo reconocerle.

—No os conozco, repuso Magdalena retroce-

diendo y procurando traer á su memoria dónde y cuándo había visto aquel semblante.

—Soy yo!... soy vuestro antiguo amante, soy Eduardo de Mailly, dijo con voz lenta el proscrito.

Magdalena soltó un grito que le arrancaban la sorpresa y los remordimientos, y se cubrió el rostro con las manos.

—Si; soy aquel Eduardo á quien jurásteis eterno amor y á quien habeis ignominiosamente vendido, repuso este con solemne acento; pero no vengo á reconveniros, señora. Yo también soy culpable y es preciso perdonar para que Dios nos perdone. Vengo solo á pedir os una limosna para mi pobre esposa y para mi tierno hijo, que están próximos á perecer de hambre y de miseria. Si no se ha borrado enteramente de vuestra memoria el recuerdo de vuestro antiguo amante, apiadaos de nosotros. Solo os pido en su nombre una limosna. Una limosna, Magdalena, por amor de Dios!

—El acento de Eduardo revelaba una desesperación tan profunda, que Magdalena se sintió conmovida; pero recordando que el duque Alenfort podía sorprenderla y culparla por su compasión, agitó violentamente la campanilla exclamando con dureza:

—Yo no os conozco, no os he conocido nunca, no entiendo lo que quereis decirme. Juan, añadió dirigiéndose á un criado que se presentó en el dintel de la puerta, ¿por qué dejais penetrar mendigos en mi aposento?

—Señora!... gritó Eduardo con indignación.

—Idos, repuso Magdalena; si quereis una limosna hédla aquí; pero dejadme, y arrojó un bolsillo á los piés del proscrito señalándole la puerta.

(Se continuará.)

Angela Grassi.

Creemos que nuestras suscriptoras leerán con gusto el excelente juicio crítico que tomamos del *Ensayo sobre la literatura española contemporánea*, que está publicando en los Estados-Unidos la célebre escritora anglo-americana ANITA GEORGE, y cuyo asunto es una de nuestras mas distinguidas poetisas.

CAROLINA CORONADO.

«I but give you
A brief epitome of her virtues, which
Dilated on at large and to their merit
would make an ample story.»

¿Por qué los lectores ingleses tienen tan escaso conocimiento de las obras de sus contemporáneos de

España? Los nombres de Cervantes, Lope de Vega y Calderon no son menos conocidos que los de Corneille, Racine y Voltaire, ó los del Dante, del Tasso y de Petrarca. Las obras de Lamartine, Víctor Hugo y Sué andan en manos de todos, al paso que es innegable la ignorancia lastimosa que reina sobre la literatura española de nuestros días. Bien se pudiera escribir algún artículo instructivo en contestación á la pregunta que se acaba de hacer. Tal vez mas adelante se nos ocurra examinar este asunto; por ahora mas que investigar nos proponemos allanar la dificultad por medio de una serie de artículos sobre los autores españoles contemporáneos que suministren alguna noticia de su vida y de su mérito respectivos, ilustrada con extractos de sus escritos.

Los nombres de Larra, de Zorrilla, de Espronceda, de Hartzenbusch y de otros muchos ingenios celebrados en su país, solo necesitarían el barniz de la antigüedad para alcanzar un alto puesto en el templo de la fama. Nada puede sobrepasar á la esquisita belleza y originalidad de algunas concepciones poéticas de los bardos de la moderna España; el vigor y la rara elegancia de sus prosadores tampoco cede la palma á los de otro país. Entre los que han escrito tan bien en prosa como en verso figura en primer término el malogrado Larra. Manejando con igual destreza el delicado escarpelo de la crítica y el látigo abrumador de la sátira, bien que dándolos de mano á veces para cantar en son de incomparable dulzura la magia de la beldad, las cuitas ó los goces del amor, las obras de este escritor sin ventura revelan las facultades mas contrapuestas, llevadas á un alto grado de perfección. Ni han dejado de tener las musas prosélitos felices entre las vírgenes ojinegras de la tierra clásica de la caballería y del espíritu romancesco. Entre las literatas españolas que han logrado sobreponerse á muchos de los poetas distinguidos nos complacemos en citar á la Coronado y á la Avellaneda.

Dar una idea de la literatura española contemporánea por medio de una serie de bosquejos biográficos de algunos de sus principales ornamentos, y de traducciones de sus diversos estilos, es un trabajo que entre sus dificultades de mas bulto ofrece la de la elección. Donde tan copiosa es la materia, y bien que en varios sentidos igualmente digna de nuestra admiración, apenas es dado el mencionarlos á todos, al paso que seria injusto el despreciar á ninguno. Ni es fácil tampoco el dar una idea ade-

cuada de las obras de un autor por medio de una traducción, la cual sea literal ó libre debe participar de la belleza del original, y siempre carecerá de su energía, así como de su delicadeza. Otros inconvenientes podrían aducirse que parecerían desvanecer toda esperanza de que se hiciese justicia á la tarea que nos imponemos. Además esta, que puede considerarse como una agradable tarea, ofrece hartos estímulos para que se abandone fácilmente, y entre ellos pueden contarse, y no como el menor, las ventajas que reporta el escritor de su conocimiento personal con algunos de los personajes distinguidos que en estas páginas figuran. Sin embargo, al presentar al público americano el asunto del siguiente bosquejo, solo se ha consultado la voz de la opinión pública en la Península, que largo tiempo hace está conforme en otorgar la palma de la escelencia como escritora á quien une á su ingenio eminente gracias personales que satisfarían la ambición de un común entendimiento, y las prendas morales mas adecuadas para grangearse la felicidad doméstica. Hablamos de Carolina Coronado.

Poco ó ningún atractivo ofrecerá este artículo á quien lea con el objeto de proporcionarse violentas emociones. No hay en él incidentes de gran efecto, ni escenas romancescas, ni terribles golpes teatrales. Ni exaltará la mente con raptos de simpatía, aunque pasajeros, ni hará latir el corazón con entusiasta ternura. Trátase de una persona que se halla aun en la flor de su edad, y la vida de esa persona debe llevar naturalmente el sello de la sencillez, de la modestia y del candor, que son sus atributos. Pero si carece la pintura de la fascinación de las novelas modernas, tendrá al menos el mérito de presentar á los jóvenes que tropiezan en su camino con obstáculos, al parecer invencibles, un ejemplo de extraordinaria laboriosidad y de indomable perseverancia en medio de las circunstancias mas críticas, así como del brillante galardón que la fama otorga á tales prendas. No será inútil la lección de docilidad y respetuosa sumisión que ofrece una persona dotada de tal ingenio para aquellos que se inclinan á murmurar del saludable rigor de la autoridad paterna.

(Se continuará.)

MADRID, 1852.

Imprenta de don José Trujillo, hijo,

Calle de María Cristina, número 8.